

CRISTIÁN WARNKEN

EL DESIERTO AVANZA...

DIVAGACIONES SOBRE NUESTRO TIEMPO

— EDICIONES —
EL MERCURIO

EL DESIERTO AVANZA...

Divagaciones sobre nuestro tiempo

— EDICIONES —
EL MERCURIO

© 2021, Cristián Warnken
© De esta edición:
2021, Empresa El Mercurio S.A.P.
Avda. Santa María 5542, Vitacura,
Santiago de Chile.

ISBN: 978-956-9986-80-2
ISBN digital: 978-956-9986-81-9
Inscripción Nº 2021-A-9797
Primera edición: noviembre 2021

Edición general: Consuelo Montoya

Diseño: Paula Montero

Fotografía de portada: Unsplash

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de Empresa El Mercurio S.A.P.

EL DESIERTO AVANZA...

Divagaciones sobre nuestro tiempo

Cristián Warnken

— EDICIONES —
EL MERCURIO

A mis maestros de la esperanza, mis hijos, Samuel, Cristóbal, Mateo, Clemente, Alonso, Benjamín.

También a Magdalena.

*Por todos los cuentos compartidos, para cruzar el desierto
desde la infancia.*

*A Danitza Pavlovic y Angélica Lihn, por tejer siempre el
regreso.*

Índice

PARTE I

EL DESIERTO AVANZA

Como Agustines de Hipona

Un relámpago en la tierra vespertina

PARTE II

ALGUNOS DESIERTOS

El desierto en mi jardín

El desarraigo de Chile: la desertificación va por dentro

La desertificación de lo próximo

Desertificación y *waldsterben* de los bosques chilenos

Un desierto digital infestado de Sirenas

La desertificación del diálogo y la conversación

Desertificación de la ciudad y caminantes que la salvan

La desertificación del tiempo: recuperar las horas vivas

Detener el desierto en nuestra mirada

La desertificación de la belleza

La desertificación interior y el nuevo comienzo

Desertificación del extravío y del peligro

Desertificación de la gratitud

El desierto de los tártaros: contra la desertificación de la muerte

La desertificación desde arriba en el Chile del siglo XX:
entre Escila y Caribdis

El desierto de la unanimidad: la alegría de vivir está en peligro

Tu propio desierto

PARTE III

EL DESIERTO FLORECE

Como beduinos por el desierto

Un hombre y un niño que plantan árboles

Mientras la esperanza duerme...

PARTE I

EL DESIERTO AVANZA

«El desierto avanza;
¡ay del que en su alma alberga desiertos! (...)
Ahora estoy aquí sentado,
cerca del desierto y ya
tan lejos otra vez de él,
y tampoco en absoluto convertido en desierto todavía...».

Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.

«Cercano está el Dios
pero difícil es captarlo
pero donde crece el peligro
crece también lo que nos salva».

Friedrich Hölderlin, *Patmos*.

Como Agustines de Hipona

Me imagino a San Agustín, en los últimos días de su vida, a fines de agosto del año 430, asomándose a mirar el puerto y los montes que rodean Hipona (ciudad que hoy formaría parte de Argelia) enrojecidos por el atardecer: los pinos, algunos árboles de hoja perenne, los campos de espiga; y más allá, los bosques de olivos y las viñas, los árboles frutales y el mar. El mar Mediterráneo, centro del mundo, por donde transitaron navegantes y circuló el conocimiento, el mar que alguna vez recorrieron los fenicios y donde se extravió Odiseo. Ruta comercial e imaginaria. Hipona, una de las ciudades romanas y cristianas de África, con su foro, su basílica, sus termas, su teatro. Era un mundo armónico donde reinaba una edad de oro, que nadie imaginó se acabaría. Todo parecía inmutable y eterno. Agustín, el nómada-africano que buscó afanosamente en sus escritos la otra eternidad, la que no sufre los daños del tiempo y pensó la otra ciudad, *La ciudad de Dios*, bien debía saber que nada en la historia está asegurado ante el cambio, la usura, el deterioro o la catástrofe. Y, sin embargo, dicen que Agustín lloraba. Él se estaba muriendo y los vándalos habían llegado a las puertas de Hipona —ciudad en que él había sido obispo por treinta años— destruyendo todo lo que se creía eterno, quemando los valles y gloriosos caminos, y tras un largo recorrido cruzarían toda Europa, hasta España y Gibraltar. Los vándalos nada respetaban, ni siquiera las iglesias.

Posidio, el discípulo de Agustín, que lo acompañó hasta los últimos momentos, testifica: «Pasó los últimos días de su vejez, muy amargos y dolorosos, viendo a las iglesias desiertas, a las vírgenes santas y a las personas entregadas a la continencia, dispersas; (...) a otras, perder la vida del alma, la pureza del cuerpo, la fe y terminar en esclavos de despiadados amos. Mudos los himnos y las divinas salmodias del Señor en las iglesias; los sagrados edificios, en los más de los sitios, entregados a las llamas; prohibidos o fuera de los templos los solemnes sacrificios a Dios; los sacramentos, o no solicitados o solicitados en vanos; dispersados los ministros. Los bosques, las cavernas abruptas, las cuevas albergues, inseguras para los fugitivos, pues en ellas algunos fueron apresados y despedazados; otros morían de hambre».

Agustín, vestido con una humilde túnica negra, repasaba los salmos: «Eres tú mi Rey y Dios/Quien decide las victorias de Jacob/Por ti venceremos a nuestros enemigos/Y aplastaremos por tu Nombre a nuestros agresores». Era un mundo y un tiempo en los cuales él había sido testigo y protagonista, y ahora, al anochecer, se derrumbaba antes sus ojos. Qué paradoja: acababa de terminar de escribir, el 426, *La ciudad de Dios*, y ahora la ciudad humana, el Imperio Romano se desmantelaba. Sus discípulos estaban preocupados por la inmensa biblioteca y manuscritos que él dejaba, todo un saber y conocimiento de una de las conciencias más lúcidas de su tiempo. ¿Se salvarían de las llamas y la destrucción? Finalmente, una negociación con los vándalos permitió trasladar sus libros y escritos a otro lugar. Hipona caería al año siguiente, y la ciudad desaparecería paulatinamente, junto con los restos de Agustín que fueron vendidos a un conde de Pavía. Solo se conserva un hueso de su antebrazo dentro de una estatua de mármol situada en las ruinas de Hipona. Sobre el lugar donde estuvo la biblioteca de Agustín se amontonan las madreselvas. Flores silvestres cubren las ruinas del saber.

Lo mismo relata el poeta japonés Matsuo Bashō en su libro de viaje *Oku no Hosomichi* (Sendas de Oku) del siglo XVII. En uno de sus largos periplos por Japón, que hacía a pie, visitó un lugar histórico, las ruinas de Hidehira, donde vivieron y combatieron legendarios héroes. La residencia estaba convertida en un erial y Bashō, al verla, recordó a los antiguos valientes y todo ese mundo heroico desaparecido, y se emocionó: «Me siento sobre mi sombrero y lloro, sin darme cuenta del paso del tiempo. ¡Ay, yerbas de verano! Eso es todo lo que queda. Del sueño de los héroes». Y cita unos versos del gran poeta chino Du Fu (712-770), quien siglos antes también había sido testigo de catástrofes, guerras y decadencias:

«Las patrias se derrumban,
ríos y montañas permanecen.
Entre las ruinas del castillo,
la primavera renace,
y reverdecen las yerbas».

¿Cómo no recordar, al leer estos versos de Du Fu, el poema de Francisco de Quevedo, *Salmo XVII*?

«Miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, ya desmoronados
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía. (...)
Entré en mi casa, vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte,
vencida de la edad sentí la espada.
Y no hallé otra cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte».

La amargura y desgarro por la decadencia de ese Imperio español que también se creyó inmortal saca versos

duros, dolientes, hondamente pesimistas. Los poetas orientales experimentaron esa misma emoción, pero expresada contenidamente.

Quien visitara el lugar donde estuvieron los restos de la biblioteca de Agustín diría: «¡Ay, madreselvas/es todo lo que queda/de los pensamientos del filósofo y santo!». Agustín, que se había preguntado por el tiempo, tuvo probablemente la visión de lo que vendría: la claridad de que lo que en la historia parece eterno es, en verdad, efímero.

Pero Agustín, a pesar de todo, lloraba. ¿Lloraba por la caída inminente de Hipona o por la caída de su «ciudadela interior», o sea por él mismo, por la inseguridad de si su alma sería o no salvada? Él, que defendió en arduos debates teológicos la predestinación, ahora se encontraba en el momento en que iba a saber la verdad sobre la gracia y la salvación eterna. Él quería escapar del tiempo y acceder a la eternidad. Pero era hijo de su tiempo. Ese que ardía ahora, asolado por los invasores, era su ciudad, su tierra y él era también un hijo de su patria hoy asediada. ¿Se puede cultivar una impasibilidad cuando ves que todo alrededor se desmorona? ¿Sabía Agustín que la caída de su mundo iba a ocurrir tan pronto? ¿Pero había sido así?

La sabiduría china ha acuñado el concepto de «transformaciones silenciosas», que son aquellas que están ocurriendo permanentemente en nosotros y a nuestros pies, sin que nos demos cuenta, sin producir estruendos. En Occidente damos más importancia a las grandes fechas y acontecimientos: al día en que cayó el Muro de Berlín o cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial o se produjo el atentado a las Torres Gemelas, pero no estamos atentos a esas «transformaciones silenciosas» que, en su devenir, terminan por cambiar la historia. En realidad, desde esta mirada los grandes acontecimientos (caídas, derrumbes, guerras) no son sino el resultado final de esas transformaciones silenciosas. Como dijo Nietzsche: «Las

grandes transformaciones llegan con pisadas de pies de palomas». Pero no las escuchamos, no hemos agudizado nuestro oído, y solo oímos el trepidar de los aviones bombardeando nuestra ciudad o el griterío de las hordas de los vándalos a las puertas de la ciudad asediada cuando ya es demasiado tarde.

Agustín, más que buscar los signos de la historia, se había interesado en conocer su propia alma, tomando la posta que comenzó en Delfos con la sentencia «conócete a ti mismo». La llama la encendió Heráclito cuando dijo «me he investigado a mí mismo», y afirmó: «Ni aun recorriendo todo camino llegarás a encontrar los límites del alma: tan profundo logos tiene». *Las confesiones de Agustín* son un intento de formular una «metafísica de la experiencia interior» —como dijera Wilhelm Windelband. Su búsqueda no es abstracta, no es filosofía ni teología desencarnada, pues toca las experiencias íntimas del alma. Le molesta que los hombres busquen afuera las verdades y no busquen adentro: «Y los hombres se ponen a admirar las cimas de las montañas, el formidable oleaje del mar, los anchurosos cauces de los ríos, la inmensidad del océano y los movimientos de los astros, pero en sí mismos no se fijan».

Ansía conocer a Dios y el alma: «Deseo conocerte a ti, conocerme a mí». «No salgas afuera, sino entra en ti mismo; en el hombre interior mora la verdad; y cuando hayas comprendido tu propia naturaleza mudable, trasciéndete a ti mismo también». Pero sabe de las dificultades de esa empresa, que comienza con el «Sé tú quien eres» de Píndaro y continuará con Agustín, Montaigne, Nietzsche y tantos otros: la vasta aventura del autoconocimiento en Occidente. Cuando se asoma a sus propias profundidades, Agustín exclama: «Grande es la virtud de la memoria y algo que me causa horror, Dios mío, es la multiplicidad infinita y profunda. Y esto es el alma y ese soy yo mismo. ¿Qué soy yo pues, Dios mío? ¿Qué naturaleza soy?».

Será Montaigne quien irá más lejos en esa «perplejidad» y «espanto» al decir: «Yo no he visto monstruo ni milagro más expreso que yo mismo. Nos acostumbramos a todo lo extraño por el hábito y el tiempo; pero cuando más me frequento y me conozco, más mi deformidad me asombra, menos me comprendo a mí mismo».

Somos «un embutido de ángel y bestia» —dirá un poeta del siglo XX, Nicanor Parra.

¿Tal vez Agustín lloraba porque no había llegado a conocerse a sí mismo? ¿Porque había entrevisto su propia «monstruosidad», su propia sombra, y estaba muriendo y el mundo sólido en que había vivido ardía ante sus propios ojos? Es muy difícil llegar a saber la verdad de los últimos momentos de Agustín, pero no podemos dejar de empatizar con él, de sentirlo muy cerca, a pesar de los siglos que nos separan. El llanto hace de Agustín un personaje humano, no un santo de una hagiografía límpida y perfecta, sin mácula ni fisuras.

Estamos a las puertas de un cambio de época tan inmenso como aquel que a Agustín le tocó presenciar. Él jamás se imaginó que después del Imperio Romano vendría la Edad Media y que su pensamiento sería uno de los pilares o fundamentos del andamiaje filosófico-teológico de una nueva época. Hay quienes han comparado el momento que estamos viviendo hoy a nivel global con la decadencia del Imperio Romano. Siempre hay que dudar de afirmaciones tan totalizadoras, después de que un inminente pensador de nuestro tiempo, Francis Fukuyama, habló del «fin de la historia». La verdad es que la historia continúa, y con mucho «sonido y furia». Es probable que, al igual que Agustín, estemos ciegos para lo que viene. ¿Qué Edad Media vendrá después de nosotros? ¿Sobre qué pensador de nuestro tiempo se fundará la nueva época? ¿Algún Agustín de este siglo XXI de alguna ciudad marginal de África o de Asia o de América?

Agustín puso los ojos en la Eternidad, ahí buscó refugio, y quizás esa esperanza lo consoló del dolor de ver su mundo, su patria, en llamas. Nosotros no contamos con esa esperanza. Nosotros somos los hijos y nietos de una Guerra Fría que dejó una tierra baldía no solo por el cambio climático en curso, sino también por la evidente desertificación de sentido. Una modernidad que sangra por la herida del sentido. En el libro *1943. La crisis del humanismo cristiano*, Alan Jacobs estudia el momento en que se estaba terminando la Segunda Guerra Mundial y el mundo se estaba cayendo a pedazos; el desafío era entonces reconstruir la civilización de posguerra. Un puñado de destacados intelectuales, poetas y escritores buscaron entender las causas de esa crisis e intentaron refundar la civilización desde un humanismo cristiano: Maritain, T. S. Eliot, Auden, C. S. Lewis, Simone Weil sabían que si no se buscaba en lo más profundo las causas del porqué se había llegado a esas guerras devastadoras, la civilización volvería a caer en el abismo. El nazismo iba a ser derrotado, pero no bastaba con ese triunfo; había que indagar sobre cuáles habían sido las reales causas de esa catástrofe o, de lo contrario, el nihilismo iba a manifestarse tarde o temprano bajo otras formas. ¿No es lo que estamos viviendo ahora? La democracia liberal está en crisis en todas partes, las comunidades se deterioran y desaparecen, en el horizonte se perfila una sociedad tecnificada y deshumanizada, y la Tierra está en peligro. Las voces de esos «profetas del siglo XX» no fueron escuchadas, no tuvieron eco.

Se habla de una «sociedad líquida», pero la imagen que me viene mientras escribo estas líneas es la de un mundo en llamas. No por los vándalos (que también los hay en versiones de nuevos integramismos religiosos y políticos), sino por los incendios y la destrucción de los bosques en el mundo debido a las altas temperaturas del planeta. Nuestras certezas y la manera de entender la política y las

relaciones se están desmoronando, derritiendo o incendiando, pero esta vez ni siquiera sabemos si permanecerán las flores sobre las ruinas de los héroes (las que cantó Bashō), ni las madreselvas sobre los restos de la biblioteca de Agustín, porque la Tierra misma está en peligro. Esta vez no es solo una civilización o una cultura, sino que ahora la naturaleza también está en crisis, junto con la historia. Probablemente, ha sido así en otros momentos. Se habla de que —por ejemplo— los momentos de sequía coinciden con momentos de intensa agitación política, con «estallidos sociales», etc. Sabemos poco todavía sobre cómo están conectadas la Tierra y las sociedades, entendidas como comunidades de hombres.

¿Qué hacemos ante las malas noticias que nos llegan por todas partes? ¿Llorar como Agustín? Tal vez debiéramos ponernos una humilde túnica negra y leer salmos, o poemas, buscar una palabra que no muera, una palabra que trascienda lo efímero, la «vanidad de vanidades» que nos rodea. Agustín alcanzó a ver cómo Hipona y las ciudades que fueron asoladas por los vándalos, se desmoronaban. Pero la «ciudad de Dios» estaba incólume. Y los folios donde ella estaba escrita por la mano de Agustín fueron lo que sus discípulos estaban preocupados en proteger: sabían que era una obra que trascendería el tiempo. Hoy nuestra civilización parece asistir a un ocaso, pero nuestra ciudad global no tiene una «ciudad de Dios» donde refugiarse. Nosotros, en esta espera de nuestros nuevos asedios, somos de alguna manera como Agustines de este tiempo, viendo como «todo lo sólido se desvanece en el aire», pero Agustines sin una fe sólida que nos sostenga: los incendios, las sequías, las inundaciones presagian tiempos difíciles; la Tierra tal como la conocimos ya no será la misma. Y todavía no logramos salir de una pandemia que nos colocó, por primera vez en mucho tiempo, ante la incertidumbre, incluso de la ciencia.

La pandemia nos ha enfrentado a la finitud más radical: la muerte que creíamos —equivocadamente— sitiada, recobró sus fueros y pareció sitiar otra vez nuestras ciudades, como en la Edad Media. Nuestro mundo global no era esa común-inmunidad (comunidad) en la que había pensado alguna vez el filósofo alemán Peter Sloterdijck. Descubrimos que éramos un mundo global, pero no una comunidad global, y que eso nos hacía tremadamente vulnerables. Hay pensadores como Slavoj Žižek que presagian el fin del capitalismo; otros, su «ralentización» (Byung-Chul Han). Así como para los ciudadanos de la Guerra Fría la imagen de la caída del muro de Berlín provocó su perplejidad, para nosotros el asalto al Capitolio, el emblema de la democracia más antigua del mundo, nos reveló lo frágil que era la democracia liberal en estos tiempos. En muchas ciudades del mundo, multitudes salieron a la calle: las redes sociales funcionaron como acelerantes de los procesos sociales. En Santiago de Chile (nuestra Hipona de fin de mundo), el centro fue devastado, ardieron iglesias, museos, se vandalizaron monumentos (con nuestros propios «vándalos» locales); la incertidumbre local se unió a la incertidumbre global. Es ahora el tiempo de preguntas más que de respuestas, el tiempo del miedo y la angustia por el futuro. Sentimos que el futuro está suspendido. Debiéramos preguntarnos como Agustín: ¿qué es el tiempo? y, sobre todo, si la ciudad global, la de la modernidad puede existir sin una «Ciudad de Dios». Nuestra modernidad, tan segura de sí misma hasta hace poco, vive hoy en «temor y temblor».

Agustín, un descendiente de nómades (quizás un báreber) que probablemente cruzaron y conocieron los desiertos, tenía una connotación distinta sobre el «desierto» de la que tenemos ahora. Hoy, la palabra «desierto» —en cambio— se apodera de nuestra imaginación y proyectamos (en nuestras pesadillas más apocalípticas) un mundo desertificado, sin agua, de

nómades buscando desesperadamente el «oro del futuro». Para Agustín, probablemente el desierto era un libro abierto; para nosotros es un lugar desolado, baldío. Sin una «Ciudad de Dios» donde refugiarnos, y con el desierto avanzando ante nuestros ojos, sentimos un profundo desamparo. Pero hay algo también muy moderno en Agustín: de él debiéramos aprender que todo debía ser permanentemente refutado. A pesar de que su imagen ha trascendido como la de un genio dogmático de Europa, él mismo, dándose cuenta de la enorme influencia de sus escritos, defendió el derecho al progreso intelectual, a la refutación permanente. Incluso temiendo que sus entusiastas discípulos petrificaran sus pensamientos en nuevas tablas de la ley insistía ante ellos en que sus propios escritos debían ser refutados.

Probablemente la mayoría de las conclusiones que hoy sacamos al enfrentar las incertidumbres que nos angustian serán refutadas por el tiempo. Sí, los vándalos están a punto de tomarse la ciudad y probablemente el mundo tal como lo conocemos se desdibujará y cambiará sus contornos, o se derrumbará o arderá por los cuatro costados; es algo que ciertamente no sabemos. Desconocemos lo que vendrá después de esta modernidad global y solo nos quedará buscar nuestros propios salmos y leerlos en voz alta.

Está anocheciendo. Los discípulos están junto a Agustín, que sigue llorando y lee en voz alta con dificultad los salmos que le colocaron en un atril. Los vándalos están a punto de apoderarse de Hipona. La ciudad asediada nos hace pensar en otra ciudad asediada y a punto de caer, la mítica Alejandría, donde Octavio escuchó la noche anterior de su caída —según la leyenda—, en medio del silencio y la expectativa angustiante de lo que iba a suceder, acordados ecos de muchos instrumentos y griteríos de una muchedumbre con cantos y bailes satíricos. La turba se movió del centro de la ciudad hacia las puertas de esta y

desapareció ante la mirada sorprendida de Octavio. Muchos sintieron que esta era una señal de que el «dios abandonaba a Antonio». Así lo cuenta Plutarco en su *Vida de Antonio*. Constantino Cavafis, poeta de Alejandría reescribió esta historia y la convirtió en poema. Era habitual en él, parte de su método mítico, que consiste en colocar un episodio de la historia antigua como espejo que nos sirva para interpretar nuestro presente. Como yo he tratado de hacerlo con la noche final de Agustín en una Hipona asediada para iluminar este tiempo en el que estamos, tiempo de espera de un final asediado. Agustín, por los vándalos; nosotros, por el cambio climático, la pandemia, la crisis de la democracia y la pérdida del sentido. El poema de Cavafis nos hace sentir que nosotros somos Antonio y nos habla:

«Cuando, de repente, a medianoche, se escuche
pasar una comparsa invisible
con musiquillas maravillosas, con vocerío
tu suerte que ya declina, tus obras
que fracasaron, los planes de tu vida
que resultaron todos ilusiones, no llores inútilmente.
Como preparado desde tiempo atrás, como valiente,
di adiós a Alejandría que se aleja».

¿Habrá leído Agustín el texto de Plutarco en el que se relatan estos últimos momentos de Octavio? ¿Habrá tenido él su propia «comparsa invisible»? ¿Tal vez ese fue el sonido lejano del mar, y de los pájaros al atardecer al volver a los nidos y el arrebol, el cielo encendido en un bello crepúsculo, el último que vería jamás?

En el poema de Cavafis, llamado *El Dios abandona a Antonio*, sobre la caída de Octavio en Alejandría, el poeta le pide a Antonio —y a nosotros ahora— estoicismo, dignidad. «No llores inutilmente», dice.

Pero Agustín llora. Y —como dijo Antoine de Saint-Exupéry— «es tan misterioso el país de las lágrimas». El Agustín que clama, implora, se confiesa en *Las confesiones*, ahora llora. Su humanidad nos toca, lo vemos como un hombre que se busca y busca a Dios, un hombre que había experimentado una conversión súbita en un jardín, en un momento de angustia en que probablemente había dicho sobre Dios: «Es mejor hallarlo sin entenderlo, que entenderlo sin hallarlo». ¿Sería abandonado ahora por ese Dios incomprensible, como se sintió Octavio, en el momento decisivo y dramático? ¿Dios abandonó a Agustín en el momento previo a la caída de Hipona y de su propio cuerpo (la otra ciudad) y por eso lloraba?

Hay momentos en que la historia (la macrohistoria) y nuestra historia personal (la infrahistoria) parecen juntarse en un punto. Nos toca estar en esos momentos ya no como «voyeristas» o testigos a distancia de los grandes acontecimientos, sino como parte de ellos. Nos toca estar en una ciudad asediada y sentir que en cualquier momento quedaremos al descampado. Es lo que han sentido millones de inmigrantes que deben abandonar sus países; es lo que sintieron miles de familias de Damasco, en Siria, cuyas vidas cambiaron de un día para otro; es lo que acaban de vivir los habitantes de Kabul; los venezolanos y los haitianos en nuestro continente, y lo que, de alguna manera, hemos sentido todos al encontrarnos en ciudades vacías en los momentos más duros de esta pandemia. O *La peste* como la llama Albert Camus, otro africano (argelino). La ciudad cerrada, que no deja entrar ni salir a nadie, es como una Hipona, y los habitantes en ella pasan de la curiosidad a la perplejidad, al miedo y la angustia. Dábamos por seguro lo que no era seguro, por eterno lo que no lo era. Stefan Zweig, escritor austriaco, judío-alemán, en un momento de perplejidad ante el decurso de los acontecimientos de Europa en la guerra, lo expresa con lucidez. Ese mundo cultural europeo (particularmente

vienés) educado en la seguridad, el confort, donde todo permanecía firme e incombustible, de pronto se ve sacudido por una oleada de terror y pesadilla: el comienzo de la Primera Guerra Mundial. Zweig dice en su autobiografía *Un mundo de ayer*: «En esa conmovedora confianza en su capacidad de asegurar su vida hasta el último extremo contra todo asalto del destino, había pese a toda la consistencia y la modestia de su concepto de la vida, una petulancia grave y peligrosa. En su idealismo liberal, el siglo XIX estaba sinceramente convencido de encontrarse en el camino más recto e infalible del 'mejor de los mundos'. Se miraba con desprecio a las épocas anteriores, con sus guerras, carestías y revueltas, como a tiempos en que el mundo simplemente no estaba maduro aún ni suficientemente advertido. Ahora, en cambio, ya no era sino cuestión de unos decenios para que se superasen definitivamente los últimos restos de maldad y violencia, y esta fe en el progreso ininterrumpido e irresistible tenía para aquellos tiempos la fuerza de una religión».

¿No es lo mismo que nos ha sucedido a nosotros, al creer que la globalización iba a traer estabilidad, concordia, y el fin de la historia? Nada más lejos estamos de ello: el mundo es hoy extremadamente frágil y peligroso, y la fe en el progreso, ese «idealismo liberal», está hoy en cuestión; la modernidad presenta grietas y heridas que ya no podemos obviar. Debajo del «orden» y la estabilidad conquistada, muchas veces se esconde el monstruo de la historia, dispuesto a despertarse y lanzar su zarpazo. Estamos siempre parados sobre el abismo, solo que a veces, como un volcán en reposo, ese abismo nos da tregua, hasta el próximo estallido. Por eso Zweig se interesa en Freud, maestro de la «sospecha», quien reveló que dentro de un culto caballero vienes que escuchaba ópera y leía a los clásicos podía escondese un torturador de un campo de concentración: «Tuvimos que darle la razón a Freud, cuando en nuestra cultura, en nuestra

civilización, solo veía un barniz delgado que las fuerzas destructivas del impulso subterráneo podían atravesar en cualquier instante. Hemos tenido que acostumbrarnos poco a poco a vivir, faltándonos la tierra bajo los pies, sin derecho, sin libertad, sin seguridad».

¿No es ese «barniz delgado» nuestra democracia liberal, hoy en crisis profunda? ¿No lo es también el precario «orden» mundial? Resuenan las palabras de Agustín — adelantándose cientos de años a Freud— de lo importante que es no descuidar el «frente interno»: «No salgas afuera, sino entra en ti mismo». Hoy, en nuestro tiempo, volcado completamente hacia afuera, hechizados por una tecnología que nos ofrece solucionarnos todo, «entretenidos» por ella, nuestra interioridad permanece peligrosamente abandonada y, tal vez, una de las tareas más urgentes en Occidente hoy, sea el regreso a esa interioridad donde se nutrió y floreció el humanismo. ¿Es posible ese humanismo hoy, o debe adaptarse a la nueva era digital en la que ya estamos, o debe mantener una cierta distancia, asegurar una mirada no ingenua y crítica y alerta a aquello que está cambiando nuestra forma de ser, relacionarnos, y hacer comunidad?

Este libro que empiezas a leer son los apuntes provisorios de un testigo entre dos mundos: el seguro de nuestra infancia y el incierto que les tocará vivir a nuestros hijos y del que aún no entendemos su deriva. ¿Será muy distinto e incomparable lo que estamos viviendo hoy al asedio de Hipona del que le tocó ser testigo a Agustín?

Thierry de Beaucé en su libro sobre San Agustín *La indiferencia de Dios* dice: «Era el nacimiento de un mundo. Las cosas que había amado, las razones que las explicaban se deshacían en su presencia, deshilachadas. Las fronteras del imperio se estrechaban. Las filosofías ya no podían comprender. Otros pueblos se enardecían a con sus creencias y civilizaciones. La idea misma de civilización ya no parecía saber definitivo. Las circunstancias inducían a

entregarse a la locura. El universo se incendiaba de incandescencia y fuegos fatuos. Las multitudes se rebelaban amparándose en ideas nuevas. Como otras tantas tentativas improbables y tentaciones, las herejías buscaban la religión. Los dioses abandonaban los templos vacíos. Agustín vivía en medio de esos desastres (...».

¿Estamos todavía lejos de ese escenario de «desastres» o más cerca de lo que creemos estarlo? ¿Reconocemos algunos de los procesos que estamos viviendo hoy? Pienso en los «incendios» (cambio climático) y en las multitudes rebelándose (desde la Primavera Árabe en adelante hasta nuestro propio «estallido» local o en los «chalecos amarillos» en Francia). Y pienso, sobre todo, en esta frase: «Las filosofías ya no podían comprender». ¿No se vuelve nuestra caja de herramientas de análisis cada vez más obsoleta y ciega para prever las grandes fracturas a las que siempre parecemos llegar tarde? Habrá, tal vez, que suspender el juicio, practicar la *epojé* de la fenomenología y el *wu wei* taoísta, el «no actuar», esa espera activa que, como explica Fung Yu-lan en *Historia de la filosofía china*, hace que el sabio «acompañe a todo y dé la bienvenida a cualquier cosa, ya que todo está en proceso de ser construido y en proceso de ser destruido. De modo que no pueda obtener más que gozo en libertad y su gozo es incondicional». ¿No habrá tal vez accedido Agustín a ese *wu wei* por otra vía y su llanto no era por la inevitable destrucción de un mundo que terminaba y su vida que se acababa, sino por la expectativa de la anhelada eternidad que, en sus últimos días, pudo poner en duda? No lo sabremos.

Probablemente muchos de los capítulos aquí incluidos necesitarán sus «retractaciones», el sano ejercicio de autorrevisión que Agustín hizo sistemáticamente toda su vida con sus propios escritos. El «no sé» de Agustín ante la pregunta sobre el tiempo, es tal vez su mejor respuesta. Nuestro «no sé» debiera salvarnos del miedo ante lo

desconocido, lo nuevo, los vándalos que asedian nuestra ciudad, la nueva era que empieza, los múltiples peligros que enfrentaremos. Ahí debiéramos aprender a habitar —en ese «no sé»— y estar siempre dispuestos a unas «retractaciones»: creo que seríamos más fieles al espíritu de este africano apasionado por el saber de sí mismo y de Dios. Si le agregáramos el «epojé» y el *wu wei* probablemente llegaríamos a ese «gozo en libertad» del que habla Fung Yu-lan. Aspiremos, por lo menos, a perder un poco el control y enfrentar con algo de estoicismo los miedos que nos rodean.

Por ahora, cae la tarde, mientras escribo siento el aire más seco que nunca en este invierno con escasas lluvias, y en Estados Unidos un tornado avanza impetuoso, y los incendios forestales enrarecen el aire de Europa. En Hipona, Agustín llora; nosotros, hay que decirlo, tenemos miedo y preocupación.

Yo escucho todavía a Agustín llorar. Como lloramos todos —incluso sin lágrimas— cuando vemos lo que creíamos sólido desvanecerse en el aire, cuando nuestras respuestas ya no nos sirven, cuando la ciudad global en la que vivimos está a punto de caer y cuando no encontramos el acceso a nuestra ciudad interior, porque estuvimos demasiado tiempo «afuera». El sol enciende el atardecer de Hipona, el mar brilla y el desierto avanza.

Un relámpago en la tierra vespertina

La famosa frase o ditirambo de Federico Nietzsche incluida en *Así habló Zaratustra*: «El desierto avanza; ¡ay del que en su alma alberga desiertos!», también puede ser traducida como «El desierto crece». En ambos casos, sigue siendo muy sugestiva. El desierto avanza; el desierto crece. Muchas de las afirmaciones proféticas del pensador alemán dichas en el siglo XIX que fueron leídas como provocaciones intempestivas parecen describir lo que hoy estamos viviendo con una precisión que sorprende. Tal vez se necesitaba que transcurriera un siglo de «nihilismo» para poder dimensionar todos sus sentidos y sus implicancias.

«El sol y la muerte no se pueden mirar de frente» —dijo el moralista francés del siglo XVII François de la Rochefoucauld. Algunas frases de Nietzsche parecen el sol mismo, y enceguecen. A veces, uno tiene la sensación de que son palabras dichas por la muerte y otras, por la vida misma. ¿No conversó acaso, intensamente, Nietzsche con la vida? ¿No es el filósofo que más conversó con la vida? Recordemos ese enigmático diálogo que está en el capítulo «La otra canción del baile» de *Así habló Zaratustra*: «En ese punto la vida miró pensativa detrás de sí y en torno a sí y dijo en voz baja: ¡Oh Zaratustra, tú no me eres bastante fiel! (...».

«¡No me eres bastante fiel!». ¡Qué ingrata la vida con el más fiel de sus filósofos (o con su *alter ego* Zaratustra)!

¿No es la historia de la filosofía occidental la de un progresivo alejamiento de la vida? Martin Heidegger dijo que la metafísica occidental se alejó del Ser, lo ocultó. Tal vez podríamos decir que el pensamiento más alienado es el que se aleja de la vida o la oculta. Friedrich Hölderlin, el poeta a quien Nietzsche apreció de joven, afirmaba: «Quien piensa lo más hondo, ama lo más vivo». Nietzsche pensó «lo más vivo». Y, por eso, cada vez que lo leemos, nos «encendemos», nos da un golpe de corriente, porque en él sentimos estar tocando «lo más vivo». Inteligencia sintiente, o viviente, habría que decir.

Pero volvamos a ese singular diálogo entre la vida y Nietzsche, particularmente cuando Zaratustra le dice a su ingrata interlocutora: «Sí, contesté yo titubeante, pero tú sabes también esto. Le dij algo al oído, por entre los alborotados, amarillos, insensatos mechones de su cabello. ¿Tú sabes *eso*, oh Zaratustra? Eso no lo sabe nadie».

Ante muchas afirmaciones hechas por Nietzsche, la mayoría fulgurantes y a veces escandalosas, uno está tentado de decirle: «¿Tú sabes todo *eso*, oh, Nietzsche?». Y parece que él nos estuviera diciendo al oído (al del hombre del siglo XXI): «Yo sé más, yo sé otra cosa que te hará estremecer».

«El desierto avanza;
¡ay del que en su alma alberga desiertos!».

Esto nos viene diciendo Nietzsche al oído hace más de un siglo y medio. Muchos intérpretes de su pensamiento ven en este fulgurante fragmento la profecía de los dos siglos de nihilismo que vendrían después de la «muerte de Dios», un nihilismo que, entre otras cosas, podríamos interpretar como el triunfo de la razón técnica que no ha conocido límites, hija de la «desmesura» (la *hybris*, el pecado capital para los griegos) que no respeta los equilibrios humanos ni naturales. ¿Los desiertos serían los

páramos dejados por una razón devastadora? o ¿«el desierto» sería la razón misma, sin contención, avanzando hacia el interior de nuestra conciencia con pasos de ogro, con botas de siete leguas?

Las intuiciones del pensador alemán y caminante, que en sus paseos fue golpeado por relámpagos y produjo él mismo relámpagos, nos siguen «dando qué pensar» a pesar de haber sido escritas a fines del siglo XIX. Y muchas veces están en el límite del razonar filosófico y del pensar poético. Por eso mismo, tal vez, siguen siendo tan actuales y se pueden leer como se leen las frases de Heráclito o Parménides, como perlas de un rosario a repasar de lo que George Steiner llamó «la poesía del pensamiento». Dice Steiner: «El genio poético del pensamiento abstracto se ilumina, se hace audible. (...) Al principio, pensamiento y máxima están, por así decirlo, ebrios de absoluto».

Las primeras frases relámpagos, las de Heráclito, Parménides, fueron dichas en los albores del significado antes que se constituyera la prosa literaria y filosófica. Y la prosa filosófica —muy posterior a esos primeros «chispazos» y vislumbres— muchas veces lleva la promesa de una relación y una coherencia lógica. Termina presa de ella, en un cierto sentido. Nietzsche, al practicar este ejercicio ditirámbico y oracular, es una especie de presocrático en los albores de la modernidad, la subvierte por dentro, la retrotrae implosivamente hacia el origen, hacia la aurora de la filosofía, allí donde se vislumbró y se pensó el ser, se cantó y se bailó el ser.

Por esos estos relámpagos nos ciegan y nos iluminan al mismo tiempo. El pensar presocrático, según Heidegger, llevaba la impronta del amanecer; por el contrario, la nuestra es el *abendland*, la tierra vespertina de la puesta del sol. En Nietzsche, pareciera que asistíramos al amanecer y la puesta del sol al mismo tiempo. Y —como dice Steiner— él es el filósofo «en el que se funden la especulación abstracta, la poesía y la música». El

relámpago de Nietzsche golpea con fuerza e ilumina en la tierra vespertina en la que estamos, con efecto de retardo.

Sus «relámpagos» o fragmentos a la luz de lo dicho por Steiner —entonces— no deben ser solo leídos y pensados, sino también bailados, cantados, escuchados; sobre todo escuchados (es pensar, poesía y música).

Escuchar esta «música del pensar» es hoy doblemente pertinente. Hoy, en la *abendland* (occidente en alemán), la tierra vespertina. ¿O en verdad y sin darnos cuenta estamos en una nueva época auroral que está naciendo ante nuestros ojos y por eso, instintivamente, volvemos a esos fragmentos que nos retrotraen a un origen?

En tiempos en que el pensar reflexivo parece retirarse, pues la comunicación a través de las redes sociales no resiste más allá del límite de los ciento cuarenta caracteres, este tipo de aforismos o fragmentos pueden convertirse en armas eficaces de resistencia del pensar mismo. Su densidad va en dirección contraria a la falta de espesor e insoportable levedad del ser que caracteriza nuestras conversaciones y discusiones, pero su capacidad de síntesis le permite sobrevivir entre frases hechas, consignas, eslóganes que nos rodean como los cantos de sirena que amenazan al navegante (a quien navega en las aguas turbulentas y sucias de internet) con hacerlo naufragar y ser un cadáver más en las islas de la «habladuría» que combaten día a día con el «genuino decir».

Este aforismo de Nietzsche se ha convertido para mí en una lámpara que consigue iluminar algo la neblina de estos tiempos líquidos, pero también de derretimientos e incendios. En ella vislumbró algunos elementos que permiten entender la crisis en la que estamos, que es mucho más que una crisis ambiental (sin negar lo dramático de esta crisis), la que acompaña el así llamado «cambio climático». Esas son hoy las portadas de los diarios, como también la peste (eufemísticamente llamada

«pandemia») que ha paralizado nuestro mundo. Pero el «otro desierto» parece más invisibilizado.

El ditirambo de Nietzsche, entre otras cosas, nos parece sugerir que la sequía planetaria en curso es solo la cara más evidente y literal de una sequía mucho más profunda y que tal vez sea la causa de la sequía física: la sequía metafísica o la crisis de sentido, la herida abierta de nuestra modernidad. ¿La sequía provocada por la tecnificación del mundo empezó primero en la tierra o en el psiquismo (alma) de Occidente? Afuera se refleja lo de adentro y adentro lo de afuera. ¿O estamos ante una «sincronicidad», tal como la pensó Carl Jung? ¿No nos acercamos, acaso, a tiempos de intensas sincronicidades? Sincronicidad es la coincidencia temporal entre dos o más eventos que guardan relaciones entre sí, pero que no son causas entre ellos, sino que su relación es de contenido. El desierto interior, ontológico, existencial; y el desierto producto del cambio climático.

En Nietzsche, el pensamiento fue vivido con el cuerpo. Eso lo separa de los filósofos de escritorio, los «doctos», que domestican, disecan los pensamientos vividos por otros. Parménides, para escribir el poema del ser, vivió el ser, fue deslumbrado, atravesado por él. El poeta argentino J.C. Ortiz decía: «¡Me atravesaba un río/me atravesaba un río!». Parménides pudo haber dicho: «Me atravesaba el ser», y Heráclito: «Me atravesaba un río/el río del devenir». Son pensadores «vividos» por sus ideas, traspasados por ellas, ideas que les han llegado como relámpagos de las cuales ellos son los pararrayos, como los poetas.

Se han escrito miles de páginas sobre el nihilismo, pero muchas de ellas no están atravesadas, afectadas por la flecha mortal del nihilismo. Se piensa, se categoriza el nihilismo, pero ¿quién ha mirado de frente el *maelström*, el vacío devorador? Nietzsche se detuvo a mirar el *maelström* del nihilismo de frente, y por eso, quizás, cayó fulminado.

El *maelström* es la metáfora (cuyo origen es un cuento de Edgar Allan Poe) de lo abismático de la existencia, imagen que Ernst Jünger colocó ante nuestros ojos con extraordinaria lucidez. El *maelström* es un enorme remolino situado en las costas meridionales del archipiélago noruego de las islas Lofoten, terror antiguo de marinos y pescadores. El término deriva de la palabra neerlandesa *malen* (triturar) y *stroom* (corriente); es decir, significa «corriente trituradora». Ante ella se enfrentan los pescadores, personajes del cuento de Poe. Jünger se refiere a su carga simbólica: «La mejor descripción de la situación completamente mecanizada es la que aparece en el cuento de Edgar Allan Poe titulado *Un descenso al maelström*. En ese citado relato se pone muy bien de manifiesto el distinto comportamiento de los dos hermanos que allí aparecen; uno de ellos es cegado por la terrible visión del mecanismo, se mueve con reflejos inconscientes; en tanto que el otro adopta una conducta guiada por los pensamientos y sentimientos, y sobrevive. En este personaje interviene también la responsabilidad que está comenzando a recaer en las minorías selectas, en las élites, que a cada día que pasa se tornan más pequeñas».

¿No son el desierto que avanza y esa «alma que alberga desiertos» los dos *maelström* que tenemos que ineludiblemente enfrentar, los ciudadanos de este mundo globalizado, en estos días de incertidumbre y peligro? ¿No corremos el riesgo de ser «triturados» por estas «corrientes»? ¿No estamos expuestos a dos peligros —uno externo y otro interno— de consecuencias incommensurables?

Cada época tendrá su *maelström* y en cada época habrá quienes se «cieguen» y terminen siendo devorados por el pánico y otros —esa élite selecta de la que habla Jünger— que mirarán cara a cara sus abismos, sin ser devorados por ellos. Sobre esa élite recae una responsabilidad. Nietzsche claramente fue parte de esa aquellos privilegiados de